

## TRAS EL 9-M: PERDER Y PERDERSE

### I

**D**esde las pasadas elecciones generales han sido varios los estudios electorales que se han hecho públicos. En ellos, una herramienta destacada es lo que conocemos como “escala ideológica”, o “escala izquierda/derecha”, que trata de ubicar a los electores en una posición entre el 1 (izquierda) y el 10 (derecha), herramienta a la que permanecen muy atentos los politólogos, los sociólogos, los políticos y los periodistas especializados, entre otros profesionales de la política.

Sin embargo, cabe hacer una objeción a la precisión y utilidad de la escala izquierda/derecha: esa escala mide cosas diferentes en cada uno de sus extremos y, por ello, no puede ser considerada “una escala”. Un termómetro es útil porque permite saber cuál es la temperatura dentro de “una” escala. Esto significa que la escala comienza midiendo grados centígrados (Celsius) y acaba midiendo lo mismo, lo que permite saber que 40 es el doble de 20 y obrar en consecuencia: 20 y 40 son parte de una sucesión ordenada de valores que miden una misma cualidad. De igual modo, la escala Richter empleada para medir la intensidad de un terremoto es útil porque mide “una magnitud” y el número que se al-

---

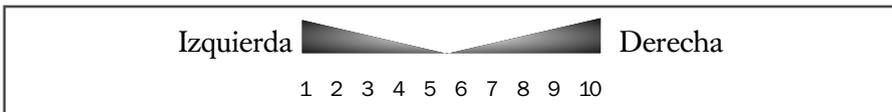
Miguel Ángel Quintanilla Navarro es profesor de Ciencia Política. Universidad de Murcia.

canza a lo largo de la escala siempre expresa lo mismo: intensidad de un terremoto.

Sin embargo, no resulta evidente el sentido que pueda tener decir que como media se ha logrado medir un 5 en la escala Richter/Celsius. Si los números del 1 al 5 se encuentran referidos a la escala Richter y del 6 al 10 a la escala Celsius, en realidad tenemos dos fragmentos de dos escalas diferentes que miden cosas distintas y cuya relación no se conoce. Por supuesto, no tiene sentido que se haga la media entre un 4 (Richter) y un 6 (Celsius) para obtener un 5 Richter/Celsius, porque la media de ese 4 y de ese 6 no significa nada conocido.

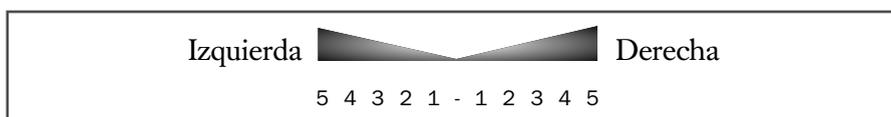
Lo mismo ocurre en realidad con la escala izquierda/derecha, que mide dos cosas diferentes a la vez, aunque en ocasiones quienes operan con ella puedan dar por supuesto que existe una continuidad evidente entre el 1 y el 10. Pero el 10 no significa diez veces más de lo mismo que expresa el 1 o el doble de lo que significa el 5. Entonces, ¿en qué sentido se habla de la existencia de una escala izquierda/derecha?, ¿cuál es “la” magnitud, “la” cualidad que mide esa escala desde el 1 hasta el 10? La derecha no es un grado extremo de la izquierda, ni la izquierda es un grado mínimo de la derecha, no es como frío/calor, que puede referirse a la menor o mayor cantidad de la misma cualidad (temperatura). Por tanto, cualquier operación matemática que actúe indiferenciadamente con los distintos valores de la pseudoescala izquierda/derecha padece una limitación fundamental que no se puede obviar.

### FALSA ESCALA IDEOLÓGICA



En el mejor de los casos (aquel en el que se pudiera establecer una gradación dentro de la izquierda y otra diferente dentro de la derecha), esa pseudoescala en realidad estaría compuesta por dos escalas distintas que habrían sido anexadas, y su forma podría ser ésta:

**ESCALAS IDEOLÓGICAS ANEXADAS**



Pero aun así, habría que justificar que los distintos grados propuestos dentro de cada una de esas dos categorías pertenecen a una misma magnitud y no a magnitudes diferentes; por ejemplo, no es gratuito pensar que entre quien acepta y quien no acepta la democracia liberal existe una diferencia mucho más importante que entre quienes discrepan sobre el nivel de gasto público deseable dentro de la democracia liberal, de manera que no está nada claro que se pueda trazar una línea continua relevante entre el 1 y el 5 dentro de la izquierda o de la derecha, porque esa línea probablemente conectaría a quienes defienden la democracia liberal con quienes no la defienden pero los desconectaría de otros que sí la defienden. Y no sería difícil establecer una conexión pertinente entre un partido nacionalista confesional y partidario de la propiedad privada cuyo lema es “Dios y ley vieja” y otro igualmente nacionalista pero revolucionario, filomarxista y militantemente anticlerical.

Esto se adivina como una tarea extraordinariamente compleja que debería hacerse explícita y transparente, y que desde luego es territorio de la teoría política y de la historia pero no de las matemáticas.

Si aceptamos la posibilidad de que se trate de dos escalas unidas del modo que acabamos de dibujar, el centro de ese dibujo expresaría en realidad la ausencia o la escasa presencia de las cualidades que las escalas anexas pretenden medir. Pero como la pseudoescala izquierda/derecha denomina a ese punto central con la etiqueta “5-6” consigue transmitir la impresión de que se ha logrado acreditar una presencia intermedia de aquello que se mide. Sin embargo, ese intervalo 5-6 es en realidad el intervalo “1i-1d”, es decir, el que se extiende desde el 1 en la escala que mide la presencia de izquierdismo hasta el 1 en la escala que mide la presencia de derechismo, lo que indica una presencia muy baja de ambas cosas.

Por tanto, cuando constatamos que la mayoría de los encuestados se sitúa en posiciones de centro en la pseudoescala izquierda-derecha, lo que hacemos es constatar que lo que miden las dos escalas que componen la pseudoescala (derechismo e izquierdismo) no es muy relevante para la mayoría. Es decir, esa herramienta no permite establecer que los entrevistados “son” de centro, o, menos aún, que carecen de convicciones y actitudes políticas sólidas y enérgicas, puesto que no es eso lo que se mide. Sólo permite decir que apenas se adscriben a las dos etiquetas que se les proponen: apenas son de derechas o de izquierdas, sea lo que fuere lo que esos términos signifiquen (cosa que las encuestas no aclaran, de manera que como lo único que se dice es que “normalmente” esos términos se usan para hablar de política, cada entrevistado puede estar evocando un mundo de ideas propio cuando responde a la pregunta).

Además, conviene recordar que existe la opción de no situarse en ningún punto de la escala, opción que eligió casi el 20% de los entrevistados en el último barómetro del CIS. En él, quienes se situaban en el intervalo 5-6 más quienes no se situaban en ningún punto de la escala sumaban el 52,7 % de los entrevistados, pero con frecuencia han sobrepasado el 60%.

Variables de tan escasa presencia general y de tan vaporosa definición como las que mide la pseudoescala izquierda/derecha pueden ser de alguna utilidad, pero no debieran tomarse como base de la interpretación de la conducta política, y menos aún como la referencia única sobre la que definir estrategias políticas y electorales de gran calado con vistas a la conquista del centro electoral, que en realidad significa lo que acabamos de decir. Negociar con ETA, tratar de ser el primero en Europa, desposeer de derechos a las personas para otorgárselos a los territorios, favorecer la eutanasia y el matrimonio homosexual, instaurar el carné por puntos y las bombillas de bajo consumo, enviar tropas a Afganistán o comprar misiles Tomahawk para equipar fragatas y submarinos no son iniciativas que se inscriban dentro de lo que puede considerarse izquierda en el plano de las ideas o de la historia. Esto no quiere decir que no sean iniciativas que una persona que se considere a sí misma de izquierdas puede patrocinar, sino que la razón por la que las patrocina no tiene que ver con que sea o no de izquierdas en un sentido

de este concepto que sea reconocible en nuestra tradición cultural. Es un plano de análisis distinto que no altera la vigencia de los tres elementos esenciales de la política occidental: democracia liberal, economía de mercado más Estado de bienestar y pluralismo social.

El centro de la pseudoescala ideológica no manifiesta, pues, un grado intermedio de derechismo o de izquierdismo, sino que expresa un valor muy bajo en alguna de las dos escalas anexadas, y eso significa que los entrevistados que se sitúan en esos valores son exactamente lo opuesto a lo que con frecuencia se dice de ellos: no son los que se muestran “alérgicos” a la derecha o a la izquierda sino los que están “inmunizados” frente a ellas, los que menos importancia conceden a esas etiquetas, que reconocen como clichés o como caricaturas propios de los profesionales de la política, pero nada más. Esos términos sobre los que se les pide opinión carecen de lo necesario para dar cuenta de su posición en materia de política, opinión que no está hecha principalmente de esas ideologías a las que llamamos izquierda y derecha, que sin embargo son los materiales de los que está hecha la pseudoescala.

Bien mirado, el centro de la izquierda es el 3 de la pseudoescala y el centro de la derecha es el 8. Eso es lo que podría ser denominado genuinamente como centrismo cuando se mira la vida política mediante la oposición izquierda/derecha, una distribución casi bimodal a lo largo de la pseudoescala con las modas situadas alrededor de esos dos valores: izquierdistas centrados en la izquierda y derechistas centrados en la derecha, cada uno en su escala. Pero una distribución unimodal alrededor del 5-6 sumada a un 20% que renuncia a situarse no expresa centrismo sino irrelevancia de la oposición izquierda/derecha. Y ésta es precisamente la tendencia entre nosotros.

Por consiguiente, los votos que puede estar buscando el PP no están más a la izquierda de donde él mismo se encuentra en la pseudoescala izquierda/derecha, sino más bien en un territorio del discurso político ajeno a lo que esa falsa escala significa. Los esfuerzos por aproximarse al lugar en el que se sitúa la media ideológica del electorado podrían constituir un trabajo inútil, porque aun en el caso de que lo consiguiera sólo habría logrado alcanzar la

misma posición que la media del electorado en algo a lo que éste no concede demasiada importancia en su propia vida, como es la posición respecto de los términos izquierda y derecha (y además ese punto medio está confeccionado mediante un procedimiento problemático, como acabamos de ver).

Como ha afirmado recientemente Víctor Pérez Díaz al referirse a la vigencia de la fractura entre izquierda y derecha, simplemente, para los electorados “las cosas no se plantean en los términos de esa división”. “La división del espacio político entre mitades enfrentadas favorece la legibilidad de la política por parte de los propios políticos... Pero los espectadores se ven unos al lado de los otros, sentados un poco más acá o un poco más allá en las gradas del anfiteatro, por así decirlo, probablemente mezclados unos con otros”<sup>1</sup>.

El reverso de esta afirmación es que el hecho de que la falsa escala ideológica le sitúe a uno alejado de lo que se supone que es la media del electorado no constituye por sí solo un problema electoral serio, ni puede serle imputada a ese hecho la causa de un mal resultado, porque los votantes situados alrededor del 5 o del 6 son precisamente los que menos relevancia conceden a la etiqueta “ser de derechas” o “ser de izquierdas”: ni lo aprecian ni lo desprecian a uno por el hecho de que porte alguna de esas dos etiquetas. El mayor peligro es que en el esfuerzo por alcanzar el centro se incurra sin querer en los mismos errores que fueron causa de la derrota, e incluso que finalmente uno se encuentre perfectamente centrado y sin embargo derrotado. Cuando el CDS desaparece en 1993 lo hace en la posición más cercana a la media del electorado de toda su historia, y lo mismo puede decirse de la UCD en 1982.

## II

Si la interpretación que acabamos de hacer de la escala ideológica izquierda/derecha no está muy desencaminada, deberíamos poder mostrar que los resultados electorales que se han producido en España no guardan con ella la estrecha relación que con frecuencia se supone que guardan; es decir, de-

<sup>1</sup> Pérez Díaz, Víctor: *El malestar de la democracia*, Ed. Crítica, Barcelona, 2008, páginas 173 y 184. Sobre la pérdida de relevancia de la división entre izquierda y derecha en el electorado contemporáneo, especialmente los capítulos 5 y 6.

beríamos poder mostrar que el hecho de que un partido se sitúe más o menos cerca de la media ideológica del electorado no permite explicar los resultados que obtiene en las elecciones, y que el electorado habitualmente denominado “de centro” no tiene problema en votar a un partido al que él mismo puede caracterizar como de derechas o de izquierdas sin preocuparse demasiado por ello. Y eso es lo que se puede observar en los gráficos siguientes<sup>2</sup>:

GRÁFICO 1

**EVOLUCIÓN DE LA AUTO-UBICACIÓN IDEOLÓGICA DEL ELECTORADO**

	1979	1982	1986	1989	1993	1996	2000
	%	%	%	%	%	%	%
<b>Izquierda</b>	11,1	10,5	10,9	11,9	15,4	11,1	7,9
<b>Centro-Izquierda</b>	31,4	36,1	45,8	42,0	33,9	34,5	30,6
<b>Centro</b>	42,6	32,1	31,9	28,9	30,0	37,0	44,9
<b>Centro-Derecha</b>	11,3	17,7	8,3	13,1	14,7	13,9	13,5
<b>Derecha</b>	3,7	3,5	3,1	4,1	6,0	3,6	3,1
	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
<b>Media de todo electorado</b>	4,72	4,81	4,42	4,56	4,67	4,71	4,9
<b>(N)</b>	(4.571)	(4.799)	(2.735)	(2.325)	(3.848)	(4.079)	(4.159)

Fuente: 1979 y 1982, DATA; para el resto de años post-electorales del CIS.

GRÁFICO 2

**UBICACIÓN IDEOLÓGICA MEDIA DE PARTIDOS POR TODOS LOS ELECTORES**

	1979	1982	1986	1989	1993	1996	2000
<b>AP/PP</b>	7,92	8,5	8,47	8,2	8,23	7,94	7,43
<b>CDS</b>	-	5,77	5,53	6,03	5,51	-	-
<b>PCE/IU</b>	2,5	1,87	2,08	2,26	2,37	2,52	2,45
<b>PSOE</b>	3,9	3,56	3,78	4,29	4,17	4,52	4,28
<b>UCD</b>	6,44	6,23	-	-	-	-	-
<b>(N)</b>	(4.571)	(4.799)	(2.735)	(2.325)	(3.848)	(4.079)	(4.159)

Fuente: 1979, 1982 y 1993, DATA; para el resto de años post-electorales del CIS.

<sup>2</sup> Los gráficos 1, 2 y 4 en Torcal, Mariano y Medina, Lucía: “Ideología y voto en España 1979-2000: los procesos de reconstrucción racional de la identificación ideológica”, *Revista Española de Ciencia Política*, nº 6, 2002.

Los gráficos anteriores muestran que en 1979 el PSOE estaba más cerca de la media del electorado que la UCD, pero fue ésta la que ganó. Entre 1979 y 1982 la posición media del electorado se desplazó hacia la derecha (desde el 4,72 hasta el 4,81), mientras que la UCD se desplazó hacia el centro. Según la interpretación ordinaria de la escala, la UCD debería haber mejorado sus resultados electorales en 1982, pero es evidente que no lo hizo. Sin embargo, el PSOE se movió hacia la izquierda de la escala, desde el 3,9 hasta el 3,56, en el sentido contrario al seguido por el conjunto del electorado, pero ganó por mayoría absoluta. En 1996, el PP estaba situado casi en el 8 de la escala, muy lejos del 4,71, que era la media. El PSOE estaba en el 4,52, pero el PP ganó las elecciones. En el año 2000, el PP se encontraba ubicado en el 7,43 de la escala, mientras que el electorado se situaba en el 4,9. Puesto que el PSOE se situaba en el 4,28, lo razonable hubiera sido que ganara. El PP estaba a 2,5 puntos del centro; el PSOE, sólo a unas décimas. Pero ganó el PP por mayoría absoluta. Por el contrario, en 2004 el electorado se desplazó hacia la derecha, pero el PP perdió las elecciones; y en 2008 se ha desplazado hacia la izquierda, pero el PP ha mejorado sus resultados.

Por tanto, parece que el empleo de la falsa escala ideológica izquierda/derecha debe ser prudentemente sometido a algunas restricciones.

### III

Las interpretaciones que se han hecho de los resultados electorales de marzo por personas e instituciones de las que parece razonable decir que no deseaban la victoria del PP, indican que el Partido Popular ha sorprendido a la izquierda por su capacidad para avanzar y consolidarse como el partido preferido por los electores del centro de la escala izquierda/derecha. Suceso que incluso llena de estupor a algunos analistas que creen que no es difícil que el PP gane las próximas elecciones porque no es fácil que el PSOE reconquiste el voto de centro que ha perdido ni lo es que conserve el voto radical que ha obtenido en esta ocasión; su sorpresa proviene de su incapacidad para comprender cómo la “estrategia de la crispación” que según ellos ha desarrollado el PP desde 2004 ha podido obtener el premio electoral del voto centrista. Así, por ejemplo, Julián Santamaría y Henar Criado se preguntan: “Pero ¿qué pudo inducir a los vo-

tantes moderados del PSOE a cruzar la barrera y votar al PP?... ¿Qué fue lo que pudo impulsar a ese grupo de votantes en posiciones fronterizas con el centro-izquierda a dar ese paso?”. Las posibles razones son diversas y complejas, especialmente –afirman– porque “el hecho es que los antiguos votantes del PSOE que votaron en 2008 al PP son ideológicamente moderados, situados en posiciones muy próximas al punto central en la escala de la autoubicación ideológica. Lo lógico es que estos votantes se sientan atraídos por partidos con actitudes y ofertas políticas moderadas, por lo que la estrategia de la crispación parece la menos adecuada para seducirlos”. Los autores estiman que en realidad “el centro es el espacio abierto a la competición entre PP y PSOE y que quienes se sitúan en él afirman con ello su equidistancia respecto a todas las posiciones posibles; o lo que es igual, su relativa indiferencia ante los planteamientos ideológicos de cada partido”. Afirmar luego que “frente a este tipo de votantes la estrategia de la crispación podía resultar rentable” y ensayan algunas explicaciones que confirman la fortaleza de las posiciones del PP en el electorado centrista en los asuntos relacionados con la cuestión territorial y con la política antiterrorista. Obviamente, un cambio de postura del PP en estos asuntos causaría un debilitamiento inmediato de su fortaleza electoral: el votante que ha abandonado al PSOE para votar al PP “aun suscribiendo y respaldando las políticas sociales promovidas por el Gobierno, se habría sentido más atraído por la actitud de la oposición ante cuestiones como el Estatuto Catalán y la política antiterrorista”<sup>3</sup>.

La Fundación Alternativas titula su “Informe sobre la democracia en España/2008” con este expresivo título: *La estrategia de la crispación. Derrota, pero no fracaso*, e indica que “la estrategia de la crispación ha tenido un efecto no menor en el proceso electoral, al privar a los socialistas de una parte del voto del centro del que disponían al principio de la legislatura y que, eventualmente, podría haberles dado la mayoría absoluta en los comicios del pasado mes de marzo”<sup>4</sup>. Añade, además, que “el PSOE

<sup>3</sup> Santamaría, Julián y Criado, Henar: “9-M: elecciones de ratificación”, en *Claves de razón práctica*, nº 183, páginas 47 y 48.

<sup>4</sup> Fundación Alternativas, *Informe sobre la democracia en España/2008. La estrategia de la crispación: derrota, pero no fracaso*, página 12.

consiguió repetir la victoria gracias a los apoyos de los votantes nacionalistas y a la movilización de la izquierda. No parece, sin embargo, que haya recuperado la fuga de votos en el centro que se produjo como resultado de las reformas estatutarias. El discurso territorial del PP parece haber calado, provocando algún trasvase de votos desde el PSOE”<sup>5</sup>. Por su parte, José María Maravall ha afirmado que “la crispación rompió al electorado moderado”, y que “pese a la extraordinaria crispación que generó su estrategia, (el PP) mostró una considerable fortaleza en el electorado moderado”<sup>6</sup>.

La sorprendente evidencia de que la denominada “crispación” ha proporcionado voto moderado al PP y voto radical al PSOE, no lleva a la Fundación Alternativas o a Maravall a revisar su idea de lo que es la crispación (por ejemplo, a pensar que lo que les crispera a ellos no crispera a los votantes centristas sino que les resulta atractivo), sino a elaborar una sofisticada teoría sobre cómo crispera el PP sin que el votante centrista se dé cuenta, lo que, a sus ojos, hace del PP un partido muchísimo más peligroso de lo que se pensaba y del votante centrista algo muy próximo a un marmolillo incapaz de enterarse de lo que realmente está pasando. De hecho, Santamaría y Criado sugieren que lo ocurrido sólo se explica por el deficiente nivel de información política del electorado centrista, eso es lo que hizo posible que el PP “llevara a su redil a un sector moderado de antiguos votantes socialistas”.

Su tesis es que el PP, mediante su habilidad para crisper sin que se note, ha logrado “dividir” a la sociedad al lograr que el PSOE no gane por mayoría absoluta y ha deteriorado casi irreversiblemente la calidad de la democracia. Es por eso, porque se “deteriora” la democracia, por lo que la victoria del PP no se puede descartar. Y ese deterioro es deliberadamente procurado por el PP, que necesita una mala democracia para obtener un buen resultado.

No está claro por qué el PP ha deteriorado la democracia, pero parece que aunque el PP no haya creado incidentes durante el proceso electoral o patrocinado el asalto a las sedes del PSOE durante la jornada de refle-

<sup>5</sup> Ibídem, página 58.

<sup>6</sup> **Maravall, José María:** “Las estrategias de crispación bajo Felipe González y Zapatero”, en *Claves de razón práctica*, n° 184, páginas 19 y 20.

xión, ha cometido el imperdonable crimen de haberse opuesto a las políticas que el propio PSOE rectificó desde el otoño de 2007 y haber obtenido votos por ello. Parece que además del PP también los votantes radicales consideraban que esas políticas efectivamente eran radicales, puesto que han votado a quien las patrocina, pero ésta es una cuestión que ni la Fundación Alternativas ni Maravall explican: no es sólo que el voto moderado haya ido a parar al partido que ellos consideran radical y crispador, sino que a la vez el voto radical ha ido a parar al partido que ellos consideran moderado y prudente. Y esto complica ligeramente la teoría del PP crispador, aunque ellos parecen no advertirlo.

Una perplejidad parecida parece anidar en la pregunta que se formula *El viejo topo* en la portada de su número de verano: “¿por qué los trabajadores votan a la derecha?”. Más que la explicación que proponen los especialistas entrevistados, importa el cuadro que exponen Vicenç Navarro, Marta Tur y Maria Freixanet en su artículo “No es lo que parece. Cuestionando algunos de los análisis que se han hecho sobre las elecciones del 9 de marzo” sobre el voto en el “cinturón rojo de Barcelona”<sup>7</sup>:

GRÁFICO 3  
CINTURÓN ROJO DE BARCELONA. COMPARACIÓN 2008-2004

	PSC-PSOE	PP	CIU	ERC	ICV-EUIA
<b>Badalona</b>	—	X	—	—	—
<b>Barberá</b>	X	X	—	—	—
<b>Barcelona</b>	—	—	—	—	—
<b>Castelldefels</b>	X	X	•	—	—
<b>Cerdanyola</b>	X	—	—	—	—
<b>Cornellá</b>	—	—	—	—	—
<b>Esplugues</b>	—	—	—	—	—
<b>Gavá</b>	—	X	—	—	—
<b>Hospitalet</b>	—	—	—	—	—
<b>Molins de Rei</b>	X	X	—	—	—
<b>Mollet</b>	—	—	—	—	—

(continúa >)

<sup>7</sup> *El viejo topo*, nº 246-247, página 30.

(viene de la página anterior >)

	PSC-PSOE	PP	CIU	ERC	ICV-EUIA
<b>Montcada i Reixac</b>	—	—	—	—	—
<b>Prat de Llobregat</b>	—	X	—	—	—
<b>Ripollet</b>	—	X	—	—	—
<b>Sabadell</b>	—	X	—	—	—
<b>Sant Adrià</b>	—	—	—	—	—
<b>Sant Boi</b>	—	X	—	—	—
<b>Sant Feliu</b>	—	—	—	—	—
<b>Sant Joan Despí</b>	—	X	—	—	—
<b>Sant Just Desvern</b>	X	—	—	—	—
<b>Santa Coloma</b>	—	—	—	—	—
<b>Viladecans</b>	—	X	—	—	—

- X Aumenta en votos con respecto a 2004
- Disminuye en votos con respecto a 2004
- Exactamente igual que en 2004

Algo debiera significar este gráfico para el PP, dado además el signo económico de la presente legislatura. Porque indica que el límite del crecimiento electoral popular no se encuentra en el centro de la pseudoescala izquierda/derecha, sino que de algún modo el discurso del PP ha logrado atraer voto situado hasta ahora mucho más allá del centro. Este hecho, que ha sido incluso mucho más notorio en lugares como Madrid, indica que el mantenimiento de los fundamentos de las posiciones del PP (con cuantas correcciones y perfeccionamientos se quiera y que sin duda son necesarias) puede ser suficiente para alcanzar la mayoría electoral. Ese voto proviene probablemente de quienes han visto en el PP al partido político capaz de tomarse en serio y de restaurar el valor del espacio público y de la igualdad ante la ley, degradados alarmantemente por la absurda concepción del orden y de la ley de la que han hecho gala los Gobiernos de la izquierda nacional y autonómica. Esa degradación se hará mucho más evidente en los próximos años y con ella seguramente crecerá el aprecio al PP en zonas de voto tradicionalmente “obrero”. Esto también muestra la condición de “no-escala” de la falsa escala ideológica: se puede ir del 2-3 al 7-8 sin pasar por lo que hay en medio.

Asimismo, es llamativo que se tome en consideración el hecho de que no es cierta la idea de que el PP sólo gana cuando la izquierda se desmo-

viliza, y que se indique que en todas las Comunidades en las que el PP ha avanzado (excepto en Andalucía) la participación ha aumentado hasta rondar el 80%.

#### IV

Lo que tenemos por tanto es una hipótesis sobre la existencia de una honda confusión acerca de lo que mide realmente la escala izquierda/derecha, hipótesis que los resultados electorales parecen corroborar. Primero, evidenciando que se pueden ganar las elecciones situándose muy lejos de la media ideológica que genera esa escala (falsa escala, como sabemos). Segundo, constatando que han fracasado las previsiones efectuadas sobre la base de que un partido que realiza una oposición dura e incluso áspera se enajena el aprecio del electorado centrista.

Sin embargo, paradójicamente, parece que mientras la izquierda no tiene duda del éxito que el PP ha obtenido en el centro y de las enormes posibilidades que eso le ofrece, el PP ha elaborado un discurso postelectoral y una estrategia política que se apoya en la negación de este hecho, especialmente en las materias que han sido la clave de su buen resultado y que le sitúan en un buen punto de partida: política territorial, oposición al nacionalismo y defensa de la igualdad real de los españoles ante la ley. Parece haberse producido una sobrerreacción ante la derrota que ha llevado algo irreflexivamente a exhibir una profunda rectificación del rumbo trazado durante la pasada legislatura, rumbo que ahora se traza sobre la cartografía electoral que se crea a partir de una discutible interpretación del valor de la escala ideológica y de los cruces de variables que se proyectan sobre ella.

Desde las pasadas elecciones de marzo, el Partido Popular se halla inmerso en un estado de confusión que parece motivado por diferentes causas, confusión que como era previsible se está reflejando en los distintos congresos que ha celebrado el partido o en su no-celebración. De todas esas causas la más importante para el futuro de la política española es la que podríamos denominar “crisis ideológica”, una crisis de perfiles imprecisos e incluso negada con frecuencia por algunos de aquellos a quienes se les atribuye su responsabilidad.

Aunque es difícil medir la magnitud del cambio, no es gratuito pensar que la actual dirección del partido considera necesario modificar algunas de las principales ideas que han caracterizado al PP durante los últimos años. A esta modificación se ha aludido con las expresiones “centrar” el partido, hacerse cargo de las transformaciones que ha experimentado la sociedad española, reubicarse en una posición más próxima a la que ocupa el PSOE y adoptar un comportamiento moderado, entre otras. Sabemos también que la forma de abordar ese cambio se ha aproximado al mayúsculo error de creer posible, aprovechando las novedades que Zapatero ha traído al panorama de los medios de comunicación, fortalecer al partido mediante el cultivo de lo que Víctor Pérez Díaz ha denominado “triarquía oligárquica”, un momento en que “el partido político en cuestión acepta un *modus vivendi* con las oligarquías económicas (empresarios plutócratas) y culturales (mandarines culturales y agentes mediáticos sofistas) para manejar entre todas las cosas... En estas condiciones, la dominación oligárquica puede adoptar dos formas. Una es el reparto y la alternancia entre dos bloques de triarquías oligárquicas, en un juego de competición, alternancia y quizás acuerdo entre ellas. La otra es el acercamiento de posiciones entre estas dos mitades, y su articulación en un *establishment* o en una sociedad de corte. En este caso, la autoridad pública procura la formación de un aparato institucional que favorezca acuerdos estables entre políticos, empresas, líderes sociales y líderes culturales. Tal vez se pueden poner, entre todos, más o menos de acuerdo; o establecer una jerarquía; o un sistema de arbitraje, que reduzca los conflictos”<sup>8</sup>.

Se afirma, sobre todo, que el PP debe revisar su relación con los partidos nacionalistas y que hay que hablar con todos antes de adoptar una postura, algo que quizás parece más razonable cuando se trata de personas que acaban de conocerse que cuando se refiere a partidos que llevan décadas dejando testimonio de lo que piensan en todos los medios de comunicación a diario y sobre los que uno lleva opinando en público ese mismo tiempo. Bien es cierto que el cambio operado en el PP puede desmentir la idea de que “ya nos conocemos todos” porque para muchos se

<sup>8</sup> Obra citada, páginas 100 y 101.

trata de un PP desconocido, pero no se barrunta ningún otro cambio equivalente en otros partidos (como acaba de dejar claro el PSOE, que en su Congreso ha diseñado una lista de propuestas muy radicales para quebrar a un PP desconcertado) y, de hecho, el propio cambio del PP probablemente habrá desactivado los que hubieran podido producirse: si otros vienen hasta donde uno está, uno tiene menos motivos para moverse, aunque haya sufrido un fracaso electoral mucho mayor que el del PP, como el de los nacionalistas.

Quienes patrocinan este giro suelen poner como ejemplo la legislatura que se inició en 1996, especialmente en cuanto a la relación con el nacionalismo catalán y vasco, buscando la filiación aznarista y con el argumento de que fue así como se obtuvo la mayoría absoluta en el año 2000. Pero esto merece alguna reflexión.

En primer lugar, como hemos visto ya, en marzo del año 2000 el CIS mostraba que la autoubicación ideológica media de los españoles estaba lejísimos de la que ocupaba el PP. Además, las series estadísticas que miden la opinión acerca de la gestión del Gobierno indican que el número de quienes la consideraban buena o muy buena fue creciendo a medida que quedaban atrás los primeros años de la legislatura. En enero de 1999 superaron por primera vez el 40% y en enero de 2000 llegaron hasta el 44,7%. El crecimiento del aprecio a la gestión del Gobierno del PP no puede ligarse al debilitamiento de su compromiso con lo que le diferencia del nacionalismo, sino exactamente con su opuesto. Éste es uno de los rasgos que parecen caracterizar al votante centrista, el rechazo al nacionalismo y a la quiebra del orden jurídico que permanentemente pretende. La tensión con el nacionalismo creció en la medida en que el PP dejó claro que no tenía intención de mimetizarse con él. Conviene recordar que en el inicio de la campaña electoral del año 2000, Aznar acusó al PNV de “amparar” a ETA y de haber causado una enorme fractura en la sociedad vasca, y que el PNV afirmó que el PP pretendía “volver a la época en que los Guerrilleros de Cristo Rey campaban a sus anchas”. En esas fechas, el Gobierno popular reconoció públicamente que su pacto con el PNV “había sido un error” y que lejos de haber servido para moderarlo lo había radicalizado (Estella). Con motivo del asesinato de Fernando Buesa y de Jorge Díez,

poco antes de las elecciones, la tensión entre los nacionalistas y los constitucionalistas alcanzó un nivel extremo, hasta el punto de que se celebraron dos manifestaciones diferentes en Vitoria que terminaron en enfrentamientos. Esa campaña electoral estuvo dominada por acusaciones durísimas al PP, por lo que según el PSOE era complicidad con Pinochet y su dictadura y cercanía al líder ultraderechista austriaco Haider; por un comunicado de los obispos que suscitó una airada reacción de muchos partidos; por la acusación de antisocial y xenófobo al Gobierno a cuenta de la tramitación de la ley de extranjería y, en general, por la imputación al PP de ser el partido que había traído “los años del rencor”, que tenía intereses ocultos asociados al desmantelamiento del Estado mediante la privatización de las empresas públicas y que quería hacer de España “el coto privado de Aznar”, “reflejo de la derecha más rancia”, etc. CiU se consideró “amenazada” por Aznar, cuando éste advirtió a los nacionalistas (cuya agenda poco tenía que ver con la actual) sobre las consecuencias que podría tener un pacto con el PSOE.

Éste fue el tenor del momento histórico en el que el PP ganó por mayoría absoluta. Esto no significa que ganó porque la campaña se desarrolló con esa tensión, sino que esa tensión no impidió la victoria. En ésta probablemente tuvieron que ver muchas cosas: los éxitos económicos (euro); la firmeza del discurso y de las políticas contra lo que el nacionalismo tiene de censurable; una política exterior solvente y razonada (firmeza en la defensa de los intereses nacionales, como en la Cumbre de Berlín); la política antiterrorista y la crisis del PSOE, entre otras causas. Fue en el diario *El País*, entre otros, en el que en abril de 2000 se interpretó la victoria popular como el premio a su constante resistencia razonada al nacionalismo por parte de un electorado harto ya de las exigencias nacionalistas y convencido de que se podía terminar con ETA aplicando la ley y mejorando los medios policiales, cosa que no había creído hasta que el PP le convenció<sup>9</sup>.

<sup>9</sup> Gil Calvo, Enrique: “Ciclo”, en *El País*, 17 de abril de 2000. Citado en Powell, Charles: *España en Democracia: 1975-2000*, página 622, Plaza y Janés, 2001, Barcelona.

Lo decisivo es que las razones por las que el PP ganó no formaban parte de la opinión pública de manera natural, sino que fue el propio Gobierno el que las instiló: convenció a una buena parte de la opinión pública de que su interpretación acerca de lo que estaba pasando se correspondía con la verdad, y la convenció también de que lo que proponía hacer al respecto era lo que se debía hacer. Lo que hizo el Gobierno del PP fue llenar de votantes las posiciones de la falsa escala izquierda/derecha próximos a su propia posición, en lugar de tratar de desplazarse hasta donde se suponía que se encontraba el electorado. Esta actitud tiene una ventaja evidente: es posible atraer a personas desde lugares diferentes hasta un mismo lugar, pero no es posible acercarse a todo el mundo a la vez. Lo primero puede lograrse mediante un buen discurso sostenido paciente y competentemente a lo largo del tiempo, y ejemplificado por virtudes políticas perceptibles (más que en valores políticos, que son algo mucho menos aprehensible); lo segundo obliga a complicados equilibrios que casi siempre abocan a la incoherencia y al fracaso.

Por tanto, el giro ideológico que ahora se propone en el PP con la pseudoescala izquierda/derecha a la vista no puede fundamentarse en la experiencia de las elecciones de 2000, si se supone que durante esa campaña el Gobierno popular se mostró complaciente o distraído ante las pretensiones del nacionalismo que realmente son incompatibles con el núcleo doctrinal del PP, o que careció de claridad en los principios y en las políticas. Menos aún cabe suponer que el electorado moderado o el que ha permitido el llamativo ascenso del PP en los “cinturones rojos” de Madrid y de Barcelona sea receptivo ante el acercamiento del PP hasta las posiciones de un nacionalismo más intratable que nunca.

### V

Si de lo que se trata es de teorizar más en serio acerca del centro, conviene no confundir el centro con la frontera, que por definición es siempre la periferia. La división de la sociedad política española no debe contemplarse con aprensión o disgusto, porque lejos de constituir una anomalía es el fundamento mismo de las democracias liberales. El pluralismo lo expresa el conjunto de los partidos, no cada uno de ellos. La fractura ideológica que revela

la existencia de diferentes opciones partidistas queda resuelta por las instituciones comunes que han sido pensadas para ello, que simbolizan y gestionan lo que es propio del sistema, lo que es común a todos independientemente de la ideología. La defensa del sistema no es un programa político, como no lo es dar por bueno todo lo que no sea declarado inconstitucional por el tribunal correspondiente. No tiene sentido decir que se negociará con los nacionalistas con la Constitución en la mesa: la Constitución no se lleva a una mesa ni en sentido figurado porque es el marco legal vigente para quienes la ponen en la mesa y para los que no lo hacen, aunque decir que uno la pondrá sugiere que eso no es más que una opción personal que el interlocutor puede no compartir. El asunto no es que el PP no se salga de la Constitución –cosa que hasta ahora no era necesario decir– sino que nadie lo haga. El hecho de que el PP crea posible definir una posición política mediante la mera alusión a su constitucionalidad indica hasta qué punto la Constitución ha dejado de ser el límite de la política española para convertirse sólo en una opción de partido. El trabajo del PP debiera ser configurar un programa de gobierno concreto y distinto de otros muchos que también caben en la Constitución pero no son los preferidos por un partido liberal-conservador.

El consenso constitucional sirvió para crear un sistema dentro del cual podemos decir lo que pensamos con total libertad, y la idea de que expresar discrepancias claras y comprensibles constituye una excentricidad que puede conducir al enfrentamiento civil es de origen estrictamente franquista; pero ni hay “demonios familiares”, ni se requiere ninguna democracia orgánica ni se pone en peligro nada cuando se discute en serio, con la pasión que merecen las cosas importantes y con lealtad a las instituciones del sistema, lealtad que se debe a que nos permiten decir lo que realmente queremos decir. Los partidos no mejoran su función si ignoran que su tarea primera es representar a “una” de las diferentes formas de ver la política, aunque se trate de una forma compleja y poliédrica. La querencia por el centro político y la moderación puede expresar un encomiable aprecio por la razón y por la prudencia, pero en ocasiones –y ésta puede ser una de ellas– también puede encubrir una dificultad para convivir con la diversidad y con el pluralismo y un deseo de uniformizar y de reducir a una forzada homogeneidad lo que es esencialmente heterogéneo. En ocasiones, algunos sedicentes “moderados” exhiben una tendencia acusada a la descalificación de todo aquel que hace

uso de su libertad en un sentido distinto del que ellos mismos prefieren, o califican como “autoritario” a todo aquel que desafía su propia autoridad.

Una libertad y un derecho tienen valor en la medida en que son una oportunidad para preferir y actuar en consecuencia sin que nadie le insulte a uno por ello. Una libertad que sólo lo es en la medida en que no se concreta en nada, especialmente en nada que pueda incomodar al liberal del tipo exquisito que cree que lo que él no es capaz de apreciar es propio de antimodernos, esa libertad no es nada que valga la pena defender. Lo que singulariza al carácter abierto y liberal no es el desfallecimiento en el razonamiento riguroso, la imprecisión conceptual o la flacidez moral, sino el respeto a quien piensa cosas distintas y sobre todo a la verdad y a la búsqueda del bien común.

Lo que hace la izquierda impulsada por Zapatero no es ser moderada sino algo bien diferente, y si algo acredita su éxito electoral no es precisamente que la moderación permite ganar elecciones; del mismo modo que lo acredita el resultado del PP.

Lo que revelan los teóricos de la “estrategia de la crispación” cuando se manifiestan tan inquietos cuando alguien les contraría no es aprecio por la diversidad, y quien concede valor a esa inquietud se equivoca. Basta leer algunas de las obras citadas en el punto III para comprender hasta dónde pueden llevarse la agresión verbal, el insulto y la manipulación en nombre de la moderación.

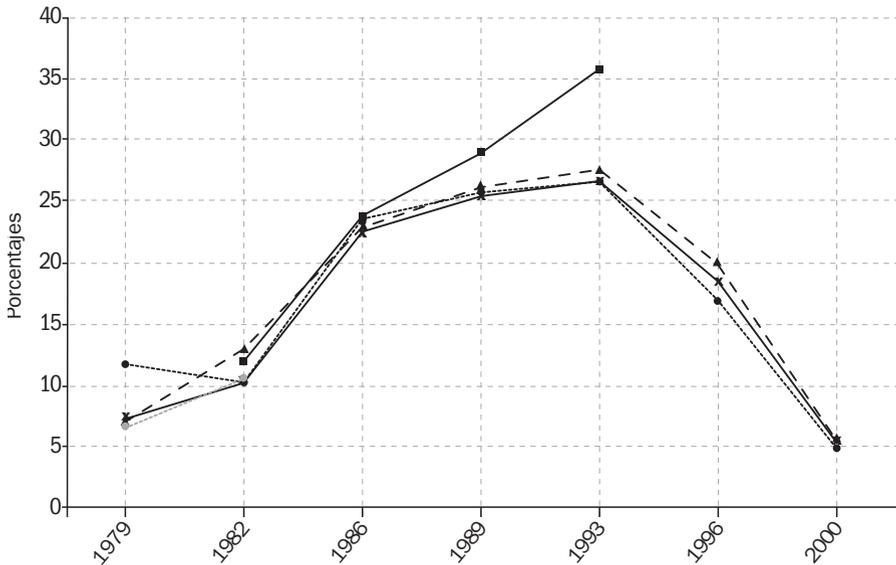
Lo que el electorado moderado parece pedir es que no se le trate de embaucar con la corrección política, es decir, se trata de un electorado que se resiste a aceptar la idea de que es el poder el que establece lo que es verdadero y lo que es bueno en función de lo que conviene a su propia preservación. No puede haber un liberalismo políticamente correcto (simpático al poder, si se prefiere, o a su organización en forma de triarquía oligárquica), porque el liberalismo es una doctrina destinada a subordinar el poder a lo que está por encima de él, como la libertad o la verdad, conceptos que distinguen a la condición humana, y a evitar que se invierta esa jerarquía. Si el PP se extravía en esta materia, perderá su lugar en la vida política española.

## VI

Hemos visto ya que no es posible explicar los resultados electorales del PP poniéndolos en relación con la posición que ha ocupado a lo largo de los años en la pseudoescala izquierda/derecha. Si embargo, hay una variable a la que suele prestarse escasa atención que proporciona una información relevante, según muestra el siguiente gráfico:

GRÁFICO 4

### EVOLUCIÓN DEL PORCENTAJE DE LOS VOTANTES QUE NO SITUAN A LOS PRINCIPALES PARTIDOS EN LA ESCALA IDEOLÓGICA (1979 - 2000)



	1979	1982	1986	1989	1993	1996	2000
● AP/PP	11,6	10,2	23,2	25,3	26,2	16,9	4,9
■ CDS	-	12,0	23,7	28,9	35,9	-	-
▲ PCE/IU	7,0	10,3	22,9	26,0	27,5	20,0	5,7
× PSOE	7,3	10,2	22,2	25,5	26,6	18,6	5,3
○ UCD	6,7	10,5	-	-	-	-	-

Fuente: 1979 y 1982, DATA; para el resto de años post-electorales del CIS.

La profunda transformación para bien del atractivo electoral del PP en los años 90 no puede relacionarse con las posiciones de los partidos en la escala izquierda/derecha, como hemos visto: no hay nada en esa escala que explique las victorias en 1996 y 2000. Pero esas victorias coincidieron con una transformación extraordinaria en la claridad de la imagen que los partidos políticos transmiten al electorado. El PP empezó a ganar elecciones cuando comenzó a competir seriamente con el PSOE, y cuando sus respectivas imágenes públicas se aclararon. Mientras la competencia se mantuvo en niveles bajos, el PP no pudo aproximarse al PSOE, pero entre 1993 y 2000 el número de electores que se mostraba incapaz de situar al PP en la escala ideológica cayó desde el 26% hasta el 5%. No fue un proceso de oscurecimiento de su imagen lo que llevó al PP al Gobierno, sino exactamente lo contrario. Ya hemos mencionado el caso de la UCD y del CDS, cuyas desapariciones coincidieron con una aproximación a la media ideológica del electorado, pero también con un oscurecimiento de su imágenes públicas, como muestra el gráfico.

Lo que todo esto parece indicar es que lo que caracteriza al votante centrista es que considera que el PP es un partido perfectamente “elegible”, perfectamente integrado en el sistema democrático, independientemente de que se sitúe en una posición más o menos cercana al centro teórico de la escala ideológica. El votante centrista no tiene problema alguno en votar a un partido situado claramente a la derecha del centro cuando lo considera conveniente, aunque antes haya votado a un PSOE muy radicalizado. Elaborar una campaña de imagen para ese electorado es perder el tiempo, porque no la necesita. Por el contrario, ese electorado aprecia la claridad de ideas y la coherencia de los mensajes, y cuando se actúa como si el propio partido tuviera que purgar alguna culpa esencial, en realidad se transfiere esa culpa a los votantes que eligieron al PP, que probablemente quedarán sorprendidos de que aquel a quien otorgaron su voto se reconozca ahora indigno de haberlo recibido.

Desde el punto de vista de la estrategia electoral, resultaría, pues, erróneo que se tratara de buscar un punto más centrado de la falsa escala ideológica mediante un oscurecimiento de los mensajes o mediante el desvanecimiento intencionado de las ideas y de las políticas que el electorado reconoce como propias del PP. Se puede ganar situado lejos del cen-

tro teórico, pero no se puede ganar sin dejar claro lo que se es. El votante centrista no es el que dirige su voto “hacia” el centro sino “desde” él, desde las posiciones que suelen situarse cerca del intervalo 5-6 de la falsa escala ideológica, intervalo al que nosotros hemos denominado 1i-1d. Y lo dirige hasta el lugar al que cree razonable hacerlo, es decir, hasta donde esté el partido que mejores argumentos y razones sepa exponerle. Podríamos decir incluso que lo que caracteriza al votante centrista es que se trata de un cliente electoral muy exigente, que, de entrada, demanda a los partidos que solicitan su voto claridad y coherencia, es decir, razones bien compuestas y bien explicadas.

La claridad del mensaje es una condición necesaria para ganar cuando se es oposición: si no se percibe el beneficio de cambiar de Gobierno, el cambio no se produce.

Por tanto, el análisis electoral sugiere que los resultados de marzo de 2008 deben llevar al PP a aumentar su competencia con el PSOE, no a bajarla, porque la causa de la derrota no estuvo en un exceso de claridad en el mensaje. El electorado español no penaliza la disputa política abierta e intensa, la agradece. Si lo que de verdad se pretende es no caer preso de las estrategias de los grupos de comunicación y de las “triarquías oligárquicas”, la primera trampa a evitar es la idea de que afirmar un perfil electoral nítido y diferenciado produce una tensión social que el electorado rechaza. Lo que rechaza es que se le pida el voto sin que se le diga con claridad para qué se le pide y por qué no debiera dárselo al rival, especialmente si quien se lo solicita se encuentra en la oposición.

No parecen existir precedentes que permitan suponer que en las actuales circunstancias, con los resultados de marzo, devaluar el discurso genuinamente político que se transmite al electorado contribuya en modo alguno a mejorar los resultados cuando se es oposición, aunque eso sí podría servirle al Gobierno, como durante el período 1982-1993. Eso es lo que el PSOE hizo después de las elecciones municipales y autonómicas de 2007, tratar de impedir la visibilidad del PP en la medida de lo posible. Por citar de nuevo a Pérez Díaz: “Contra la impresión común de que estamos ante un proceso de reducción del papel de las ideas y de inmersión

en un pragmatismo acrítico, cabe conjeturar que si acaso lo opuesto puede estar más cerca de la verdad: que estamos en el momento de revalorizar, y profundizar en, una filosofía moral política de afirmación, al tiempo, de la libertad y de la virtud cívica, liberal y comunitaria, como corresponde al modelo normativo de una comunidad de individuos libres. La cuestión, conexas con la anterior, que quedaría asimismo pendiente sería la de si estamos ante una filosofía de declaración de valores o ante una de valores incorporados a la práctica, es decir, ante una filosofía de meros valores o ante una filosofía de virtudes<sup>10</sup>. Ésta es, efectivamente, la encrucijada del PP.

---

<sup>10</sup> Obra citada, página 201.

# LA ILUSTRACIÓN liberal

---

---

Revista española y americana

Otoño de 2008

NÚMERO

37



• • •

JOSÉ MARÍA MARCO: *Federico Jiménez Losantos: el penúltimo español*

ALBERTO RECARTE: *La crisis financiera internacional y el 'crack' financiero español*

MANUEL PASTOR: *Los intelectuales catalanes y el federalismo*

CARLOS SEMPRÚN MAURA: *El asesinato de Paul Nizan*

HORACIO VÁZQUEZ-RIAL: *Sugerencias de Borges para la historia*

• • •

RETRATO: *Margaret Thatcher*

RESEÑAS • EL LIBRO PÉSIMO • EL RINCÓN DE LOS SERVILES

• • •

Y acceda a los contenidos  
de todos los números anteriores  
en nuestra página web

[www.lailustracionliberal.com](http://www.lailustracionliberal.com)

E-MAIL: [lailustracion@libertaddigital.com](mailto:lailustracion@libertaddigital.com)